



# TRADICIONES PATRIAS

Este cuaderno,  
último de la primera serie,  
contiene:

Último folletín de las obras

**Victorias carlistas**

y

**Stongel (2.<sup>a</sup> parte)**

y cubiertas de

**Orángel**

.....

ADMINISTRACIÓN:

**Biblioteca Tradicionalista**

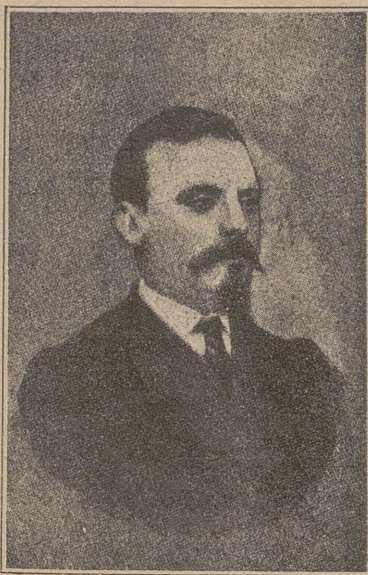
Aragón, 252

**BARCELONA**

Barcelona 10 Agosto 1913

Cuad. 23.—20 Cts.

*Requinto. An. 1952*



**Sr. D. José Mañá y Puig**  
**Coronel de Estado Mayor Carlista**



acompañando a su fuego nutrido una gritería atronadora; aterrados los de Manzano, creyéndose envueltos por todas partes, se desbandaron, arrojando las armas, y donde creían hallar la salvación se encontraban con el enemigo, que los aprisionaba. Creciendo en el peligro la energía de Manzano, procuraba en vano rehacer su gente; era inútil el heroísmo de algunos granaderos sosteniendo en el centro todo el ímpetu de los enemigos, y el empeño de la caballería colocada a retaguardia, de sostener a los infantes; la derrota era ya un hecho. Manzano, herido, cayó prisionero, y los granaderos, estrechados por todas partes, y en aquella confusa dispersión atropellándose unos a otros, y acometidos a la vez por

*R1018*

*R. 1830*

los vencedores, se entregaban sin defenderse, salvándose sólo algunos soldados, que, guiados por buenos oficiales, se retiraron en correcta formación y excelente orden, y se encerraron en dos casas inmediatas.»

El diputado a Cortes demócrata D. Eduardo Chao, en la página 185 de su *Guerra civil de Cataluña* (de 1847 a 1849), se expresa así: «El notable hecho de armas de Aviñó levantó en gran manera el poder de los carlistas, y pudo temerse por un momento que alucinados los catalanes por la prosperidad de esta bandera, se agitaran violentamente por defenderla, rompiendo la insurrección en otros puntos y acrecentándose en su foco primitivo. Habían, en efecto, derrotado en pocos días las columnas más respetables de las destinadas a su persecución, la que dirigía el Coronel Boffil, muerto en el campo del honor, la que mandaba el General Paredes, y la que acaudillaba el General Manzano. Por manera que los puntos principales (Berga y Manresa) del Principado quedaban hasta cierto punto desguarnecidos, y los carlistas podían esparcirse como una ola desatada por todo aquel extenso y rico territorio.»

En fin, el mismo General en jefe isabelino Marqués de Mendigorriá, en las páginas 199 y 202 del tomo tercero de su notable obra titulada *Mis memorias íntimas* dice, entre otras cosas, lo siguiente: «La columna del General Manzano, fuerte de novecientos hombres del Regimiento de la Unión, cien de tercios catalanes, treinta mozos de escuadra y cincuenta caballos, era una columna capaz de hacer frente a todas las partidas de las inmediaciones reunidas; dejéla en Castellfollit y me dirigí al Segre, entrando en el pueblo de Pons. . . .

El día 17 de Noviembre supe que la columna del General Manzano acababa de ser completamente derrotada cerca de Sallent, sobre el camino de Aviñó. La impresión que produjo en mi ánimo este suceso fué tan profunda, y tan hondo y amargo mi despecho, que, sin detenerme a conocer sus circunstancias todas, ni a medir con exactitud sus proporciones y consecuencias (en cuanto éstas podían influir en la pro-



**Excmo. Sr. Marqués de Mendigorria**

Co mandante General  
de la División Expedicionaria a Italia

longación de la guerra, en el éxito definitivo de la campaña próxima a emprenderse o en el resultado de las negociaciones entabladas) seguí a Barcelona, y desde allí, el mismo día de mi llegada envié mi dimisión al Gobierno, y con objeto de que no pudiera dejar de admitírmela, fué portador de este documento mi Jefe de Estado Mayor General, dando así una

especie de publicidad solemne a mi resolución. El desgraciadísimo suceso se produjo, no obstante, por uno de esos múltiples e inevitables accidentes de la guerra, en el que no podía caberme responsabilidad alguna personal y directa, fuera de la responsabilidad moral que como General en Jefe debía resultarme de todos modos. Mas yo la acepté entera desde el primer instante sin declinarla en manera alguna sobre nadie.»

A nuestro juicio, pronto y bien pudo consolarse el tan bravo y entendido General cuanto ilustrado escritor militar Marqués de Mendigorria de la dolorosa impresión que hubo de causarle el desastre de Aviñó, toda vez que pocos meses después cúpole el honor de dirigir la célebre expedición española a Italia, uno de los episodios que los católicos españoles podemos considerar como más gloriosos de nuestra historia contemporánea, y al cual nos permitirán, por lo tanto, nuestros lectores que dediquemos aquí algunas líneas de cariñoso recuerdo, ya que aquel hecho memorable vino a coincidir con la terminación de la segunda guerra carlista.

Pío IX ceñía desde 1846 la tiara pontificia, y al fervoroso entusiasmo con que fuera saludado su advenimiento por la Europa entera, había sucedido en los italianos (impacientes por realizar la unidad de los distintos estados en que se dividía su país) y en los revolucionarios de todos los países la aversión, primero, y la hostilidad después. El Pontífice, abandonado por su tropa, asesinado su Ministro Rossi al dirigirse a abrir las Cámaras, y vueltos en contra de Él los que debían sostenerle, vióse sitiado el día 16 de Noviembre de 1848 en el Palacio del Quirinal, y a duras penas, favorecido por el cuerpo diplomático (en el cual figuró dignamente el embajador español Martínez de la Rosa), logró abandonar la Ciudad Eterna y pisar el suelo napolitano. En Roma se proclamó la República, y el triunvirato con ella establecido, sin intimidarse por la decisiva victoria alcanzada por los austriacos en Novara contra las tropas de Carlos Alberto de Saboya, Rey de Cerdeña (que había pretendido hacerse campeón de la causa italiana), se preparó, invocando antiguas glorias, para oponer obstinada resistencia a las tropas que contra él aprestaban las naciones católicas.



S. S. Pío IX

España, por iniciativa (que en justicia debemos reconocer y sinceramente aplaudir) de Isabel II, acogida con el mayor entusiasmo (a cada cual lo suyo) de su Presidente del Consejo de Ministros, el Capitán General D. Ramón M.<sup>a</sup> Narváez, primer Duque de Valencia, resolvió contribuir, en unión de Nápoles y Austria, al restablecimiento del poder temporal del Papa, si bien Luis Napoleón (Presidente a la sazón de la República francesa, y después Emperador de los franceses), celoso de los triunfos alcanzados por los austriacos y con deseos de dar a los asuntos de la península itálica el sesgo más con-

veniente a su política, se anticipó a todos, enviando a Civita-Vecchia tropas que luego se adelantaron a poner sitio a la Ciudad Eterna, alegando al efecto el título de hija primogénita de la Iglesia, dado en otros tiempos a Francia.

La división española de vanguardia, compuesta de dos fragatas, dos vapores y otro buque de menor porte, a las órdenes del jefe de la escuadra Bustillos, llegó el día 29 de Abril de 1849 delante de Terracina, y al ver flotar en uno de los fuertes que defendían la ciudad por la parte del mar la bandera tricolor italiana, formáronse los buques en línea de batalla, y se disponían a romper el fuego cuando desapareció la bandera, siendo reemplazada por un pabellón blanco. A su vista saltaron en tierra algunos oficiales, y después de conferenciar con las autoridades se izó la bandera de Pío IX sin oposición, y las tropas españolas desembarcaron y se posesionaron de las fortificaciones.

Casi un mes después, el día 27 de Mayo, arribó a la vista de Gaeta otra escuadra española que zarpó de Barcelona, llevando a su bordo cinco mil hombres al mando del Teniente General D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorria, quien fué recibido por Pío IX con grandes consideraciones y pruebas de afecto, y de ellas participó el Ejército entero por su porte marcial cuando al día siguiente fué revistado y bendecido por Su Santidad, a quien acompañaban el Rey de Nápoles, muchos príncipes de varias naciones y los más altos dignatarios de la Corte Pontificia en unión de los embajadores de las naciones católicas.

La hueste española marchó el 3 de Junio hacia Fond, entró en Terracina y adelantó sus avanzadas hasta Velletri, donde el General Marqués de Mendigorria estableció su cuartel general para esperar los acontecimientos, ya que la altiva respuesta que diera el General francés Oudinot a los generales tanto de Austria como de Nápoles y de España no permitía á estos unir sus respectivos soldados a los que sitiaban a Roma. Ocupada esta ciudad por el ejército francés el día 3 de Julio de aquel mismo año, y allanadas las dificultades que opuso la política tortuosa de Luis Napoleón, proclamóse de nuevo el restablecimiento del poder pontificio: Pío IX salió



### Isabel II

revistando tropas destinadas a Italia

de Gaeta para Portici el día 4 de Diciembre de 1849, escoltado por buques españoles, franceses y napolitanos, y volvió a Roma en los primeros del siguiente año, regresando el ejército expedicionario español con el aprecio que en todas partes despertaron sus distinguidas cualidades militares y su excelente comportamiento.

La expedición española a Italia se compuso de tres bata-



llones de los regimientos de Granaderos del Rey y de la Reina Gobernadora, dos de San Marcial, el batallón de cazadores de Chiclana, una compañía de ingenieros, dos baterías y una sección de caballería. Al lado del Teniente General Marqués de Mendigorriá iban con el mando de las tropas el Mariscal de Campo D. Francisco de Lersundi, el Brigadier don José Antonio Turón, los coroneles D. Juan Antonio de Loarte, D. Tomás Cervino, D. Carlos Yauch, D. José de Santiago, y los de igual clase de Artillería e Ingenieros D. Antonio Fano y D. Vicente Talledo. Los jefes de Estado Mayor eran el coronel D. Senén de Buenaga, y los tenientes coroneles don Antonio Madera, D. Manuel Fernández Ibarra y D. José Gómez de Arteche. A las inmediatas órdenes del General Marqués de Mendigorriá fueron también el Auditor General don Serafín Estévanez Calderón, el Conde de Cumbres Altas y los coroneles D. Ventura García Loigorri, D. José Rich y D. Fernando Ruano.

En aquella expedición se distinguió mucho su segundo jefe el caballeroso General Lersundi, el mismo a quien diecinueve años más tarde nombró Carlos VII Virrey de las Antillas españolas, según dice el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en la página 491 del tomo tercero (edición de 1876) de su *Historia Contemporánea*.

En una biografía de tan distinguido General, publicada en Madrid el año 1851 por el ilustrado oficial de infantería D. Pedro Chamorro (con autorización del Ministerio de la Guerra, y por lo tanto, con carácter oficial) se consigna que por disposición del General en Jefe Marqués de Mendigorriá fué destacado el General Lersundi a las fronteras de Toscana, contra el célebre Garibaldi, persiguiéndole dentro de aquel Gran Ducado y sin conseguir que le hiciera frente aquel famoso caudillo de los revolucionarios italianos, premiando sus servicios el Papa Pío IX con la Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno.

Como ya hemos dicho anteriormente, las tropas españolas tuvieron la gloria de verse bendecidas personalmente y con el más paternal afecto por el inmortal Pío IX, quien llegó a besar nuestra bandera en señal de cariño a nuestra pa-

tria; he aquí como el General en Jefe Marqués de Mendigorría describe en su interesante obra *Mis memorias íntimas* aquel acto tan solemne, tan conmovedor y de tan gratísimo recuerdo para todo corazón católico y español.

«El día 28 de Mayo de 1849 fui a tomar la orden de Su Santidad, que me recibió con más expansión todavía y más cariñosas demostraciones que el anterior, señalándome las cuatro y media de la tarde para venir al campamento y conocer las tropas. El desembarque de la división se verificó al despuntar el sol, sin contratiempo ni dificultades, y mucho antes de la hora señalada por el Papa encontrábase ya los cuerpos delante de sus tiendas, alineados en el gran glasis de las murallas, en masas de medios batallones y formando martillo. Apoyaban la izquierda la artillería y caballería, y los dos lados restantes del cuadro dejáronse libres para que se situaran los coches y los que a pie quisieran presenciar el acto; el centro se mantuvo completamente despejado. A las tres de la tarde era ya inmenso el gentío; parecía que la ciudad había quedado despoblada.

»Con exactitud militar hasta en los minutos, se presentó Su Santidad en el campo. Era una de esas tardes calurosas de primavera, refrescada por las brisas del mar; el cielo estaba purísimo y las aguas del golfo tranquilas. El silencio era completo, y el espectáculo imponente. Las músicas, tambores y cornetas rompieron, al divisar al Santo Padre, la majestuosa marcha real española; y a la voz vibrante del General Lersundi, no exenta de emoción, las tropas presentaron las armas.

»La revista comenzó, siguiendo la comitiva el orden siguiente: Marchaba delante el Santo Padre; seguíale el Rey de las Dos Sicilias y S. A. I. el Gran Duque de Toscana, que estaba a la sazón en aquella Corte; después iban los condes de Aquila y de Trápani, hermanos del Rey; el Infante de España Don Sebastián (el mismo que años antes había sido General en Jefe del Ejército carlista del Norte); toda la Corte pontificia, compuesta de los cardenales con sus vistosos ropajes, entre los que descollaba Antonelli, y los obispos, preladados, camarlangos y ministros; venía después el Cuerpo diplomático extranjero acreditado en las dos Cortes, y luego los

generales y dignatarios que formaban el séquito del Rey Fernando de Nápoles. Llevaba este monarca el uniforme de Coronel de uno de los regimientos de su ejército, y sin duda por deferencia a la división española, ostentaba la vistosa banda de Carlos III. Su Santidad vestía túnica blanca, sombrero carmesí y una pequeña esclavina del mismo color, sobre la que colgaba una cruz de riquísimos brillantes. Su actitud era conmovedora y su rostro dulcísimo. La serenidad de la tarde, el silencio que reinaba entre la multitud, la inmovilidad de las tropas y el blanco ropaje del Pontífice, destacándose en aquel cuadro, todo contribuía a prestar al Papa algo que parecía sobrenatural y divino.

»Cúpome la honra insigne de recorrer el frente de las tropas a su lado, contestando a las frecuentes preguntas que me hacía, y satisfaciendo sus benévolas curiosidades. Durante todo el trayecto llevé la espada desnuda en la mano, como general que mandaba aquellos soldados, pero con la punta dirigida al suelo, en señal de acatamiento. Cuando Su Santidad llegaba al frente de los oficiales, saludaban éstos abatiendo sus espadas, y las banderas de los regimientos se inclinaban a su paso hasta tocar la tierra. Al acercarnos al primer batallón del Rey, rogué a Su Santidad que bendijera el *Pen-dón de Castilla*, que como insignia de honor llevaba el *Inmemorial del Rey*, en representación de la infantería española.

»—Es el mismo (le dije) que llevaron los Reyes Católicos a la conquista de Granada, y que tremoló el Cardenal Jiménez de Cisneros sobre las torres de Orán.

»Adelantóse entonces Pío IX; el abanderado inclinó el morado estandarte hasta que sus bordados tocaron los pies del Pontífice, y después de una corta oración, bendijole solemnemente y lo besó. En aquel momento la tropa, no pudiendo contener su emoción, prorrumpió en gritos muchas veces repetidos de ¡Viva Pío IX!, que debieron conmover profundamente al Papa, porque se pintó en su rostro una marcadísima alteración, más justificada todavía cuando su séquito compuesto de reyes, príncipes, generales, cardenales y ministros, llevados por el impulso de nuestros soldados, le vitorearon con una efusión ardientísima. Terminado que hubo su paseo



..... Pío IX bendiciendo a la División Española en Gaeta .....

por el frente de las tropas, situóse sobre una pequeña eminencia del terreno, desde la cual podía ver y ser visto de toda la división española y del pueblo napolitano; Lersundi mandó abrir las filas a los regimientos y rendir las armas, y Pío IX entonces elevó los brazos al cielo, y con voz sonora y clara dirigió sus preces a Dios, pidiéndole que protegiera las armas españolas y derramara sobre ellas los beneficios de su bendición apostólica. Renuncio a describir la solemnidad augusta de aquel momento y de aquel espectáculo, que seguramente no se habrá borrado de la memoria de ninguno de sus testigos».

También quiso Su Santidad Pío IX honrar con su visita a los marinos españoles. Para ello pasó a bordo de la fragata *Villa de Bilbao*, que tenía izada la bandera del comandante de las fuerzas marítimas españolas en el mar de Gaeta, el capitán de navío Bustillos. Una lancha mandada por el capitán de la corbeta *Mazarredo* llevó a la fragata al Soberano Pontífice, acompañado del Cardenal Antonelli, del Coronel Roberti y del secretario de la Embajada española cerca de la Santa Sede, Sr. González Arnao. Cuando el Santo Padre puso el pie en la lancha, la fragata *Villa de Bilbao* hizo el saludo de ordenanza, y los demás buques de guerra *León*, *Vulcano*, *Mazarredo* y *Vidasoa*, se colocaron al rededor de la fragata, que hizo un segundo saludo antes de que Su Santidad subiese a bordo. El Capitán de navío Bustillos recibió al Santo Padre arrodillado al pie de la escalera, y seguidamente le dió la mano para subir. El Estado Mayor de la Escuadra esperaba a Su Santidad con los atavíos de los días de gran gala: hincaron rodilla en tierra jefes, oficiales, marineros y soldados; bendíjoles el Papa, y quiso luego ver a los enfermos, a los que dirigió en lengua española palabras de consuelo. Vió el pan que comían los marineros; le probó, dijo que era bueno y sabroso, y habiendo devuelto un pedazo que dejó sobrante, se abalanzó a él la tripulación casi tumultuosamente, y se lo repartió en pequeños fragmentos para guardarle como reliquia porque le había partido con sus manos. Cuéntase que un marinero malagueño, no acertando a dar con el sitio donde estaría mejor conservada la reliquia sin que se desba-

ratase en migajas, se la metió en la boca y se la tragó exclamando: *Por aquí cuelea la hostia; entre también el pan bendito.* Oyólo Su Santidad, y al par que celebró el chiste, bendijo al marinero andaluz.

A su partida fué Pío IX saludado por la Escuadra española con los mismos honores que a su llegada; pero antes manifestó deseos de dar un paseo por el mar acompañado del Capitán de navío Bustillos, durante el cual permanecieron de pie todos los soldados de marina a pesar de las reiteradas instancias de Su Santidad para que tomaran asiento. Las chalupas de los buques españoles y napolitanos, y mil otras llenas de inmenso gentío escoltaron con las más delirantes aclamaciones a la del Santo Padre, y Este entró de nuevo en Gaeta al estruendo de las salvas de la siempre invicta artillería española.

Después de largos años en que nuestras glorias y desdichas se encerraban en el recinto de la Península, una división de nuestro Ejército recorrió victoriosa y en defensa de la Iglesia católica y del Pontificado aquellos mismos campos que fueron en otros tiempos regados con sangre española y testigos de glorias militares conquistadas bravamente por nuestros heroicos antepasados: los soldados de Isabel II fueron allá formando parte de la cruzada católica que pacificó la tumba de San Pedro, a librarla de las profanaciones revolucionarias, y del grato efecto que ello causó en los elementos tradicionalistas aquel hermoso hecho histórico resulta ser gráfico testimonio el siguiente episodio consignado en varias obras de nuestra historia contemporánea.

Por el mes de Septiembre del año 1868, uno de los diputados forales vascongados que acompañaban a Isabel II en Lequeitio, lo era don José Mascarúa, personaje vizcaíno bien caracterizado por sus opiniones carlistas. Sabiéndolo la Reina le interpelló en cierta ocasión, acerca de si había en aquel país muchos hombres notables que también fuesen carlistas. Y el señor de Mascarúa contestó: «Señora: después de una guerra de siete años, vino el Convenio de Vergara, que para unos fué motivo de júbilo y para otros de amargura y de pesar. Se comprende el júbilo de los primeros por el cansancio, y la tristeza de



**Excmo. Sr. D. Francisco de Lersundi**  
Segundo Jefe de la División Expedicionaria a Italia

los segundos porque vieron defraudadas sus esperanzas, porque creyeron que la santa religión de nuestros padres iba a ser menoscabada por los vencedores. Pero a medida que el tiempo corría y contemplaba el pueblo vasco-navarro que no escaseaban vuestros dones hacia el clero, que se cimentaba la

Iglesia Católica en el nuevo pedestal de la corona, y que *Vuestra Majestad enviaba sus tropas a Italia en auxilio del Pontificado*, los que habían presumido mal de Vuestra Majestad se reconciliaron con la augusta sobrina de Carlos V, y lo que era acatamiento obligado llegó a ser cariño leal, y olvidamos la guerra y la sangre vertida en estos campos por donde ahora transita Vuestra Majestad. Yo, Señora, fui uno de los reconciliados. Así acrecía el afecto a Vuestra Majestad hasta que reconocísteis el Gobierno de Italia y llamásteis vuestro amigo a Don Víctor Manuel de Saboya, que mereció la excomunión del Padre Santo, y el cariño se convirtió en odio manifiesto hacia los ministros que a tanto hubieron de obligar al corazón notoriamente piadoso de Vuestra Majestad; y entonces volvimos a pensar en los vástagos de Carlos V, y fué ya cundiendo este sentimiento, y reverdeciéndose el Carlismo. Yo también he sido, Señora, de los que hemos vuelto a nuestro antiguo campo, sin que por esto propendamos a la sedición, que nosotros los vascongados sabemos respetar a los reyes aunque desaparezca nuestro cariño hacia ellos. Pero oid, Señora, una advertencia. Hasta estos pueblos han llegado rumores de que allá por Castilla se grita: *¡Abajo lo existente y fuera obstáculos tradicionales!* No quieran los cielos que se convierta en realidad lo que se grita; pero tened entendido que si tal acaece, estas provincias no reverencián ningún Rey que no proceda de su familia, y que *si los republicanos triunfan, las provincias vasco-navarras, lo mismo que las montañas de Cataluña y del Maestrazgo y los campos de Aragón, se llenarán de carlistas*; y tened entendido, Señora, que ya hay quien se apareja para el posible caso de tan triste eventualidad. »

FIN



# INDICE

	Págs.
Al lector. . . . .	7
I.—Guernica.. . . .	11
II.—Muez. . . . .	19
III y IV.—Eraul y Peñas de San Fausto. . . . .	27
V.—Viana. . . . .	34
VI y VII.—Salvatierra y Alegría . . . . .	48
VIII.—Arquijas. . . . .	63
IX.—Ormáiztegui. . . . .	72
X.—Arquijas (segunda). . . . .	83
XI.—Doña María o Larrainzar. . . . .	90
XII.—Amézcoas. . . . .	97
XIII.—Lequeitio. . . . .	122
XIV y XV.—Arlabán. . . . .	133
XVI.—Ulldecona. . . . .	160
XVII, XVIII y XIX.—Córdoba, Castro del Río y Al- madén . . . . .	168
XX.—Oriamendi. . . . .	189
XXI y XXII.—Huesca y Barbastro. . . . .	215
XXIII.—Cherta. . . . .	239
XXIV.—Herrera o Villar de los Navarros. . . . .	254
XXV.—Andoain. . . . .	270
XXVI y XXVII.—Segovia. . . . .	282
XXVIII.—El Perdón . . . . .	297
XXIX.—Maella. . . . .	308
XXX.—Manlleu. . . . .	325
XXXI y XXXII.—Esquirol y Aviñó. . . . .	338

celosa en extremo. Al casarse con Jorge en la situación en que éste se encontraba, creía con este gran sacrificio hacerse dueña de aquel corazón inconstante, y fijarle por el agradecimiento para siempre; mas no ha tardado en observar que nada había de eso, y que la libertad comparativa que había recobrado, se transformaba para él en durísima esclavitud. De esto han resultado reyertas que más de una vez han perturbado la monotonía de su existencia. En una de ellas, ¡admiraos! Vera, furiosa por la indignación y los celos, ha revelado el secreto tan bien guardado hasta entonces, exclamando *que sentía no haberle dejado ir a sufrir la suerte que otra estaba dispuesta a partir con él*. Cuando ya se serenó, conoció su imprudencia, porque Jorge exigió una revelación completa, y despertando con ella un recuerdo, revestido hoy a sus ojos con el doble encanto del pasado y de lo imposible, faltando a todas las consideraciones la hizo los más violentos reproches; hasta creo que tuvo la crueldad de decirla *que hubiera preferido mil veces la suerte a que le había sustraído, a la que hoy tenía a su lado*. Sabemos demasiado el valor que debemos dar a esos sueños de su imaginación; mas en vista de todo esto, no extrañaréis que os diga que ambos suspiran con igual ardor por la libertad, que aun tardarán dos años en obtener, y que según todas las apariencias, será tan perjudicial para uno como para otro. La princesa lo ve y lo prevé desde una visita que les hizo a Livonia el verano pasado, en la cual la acompañó. Jorge, durante su permanencia allí, no cesó de reconvenirla, y esto la fué tanto más sensible, cuanto que hace mucho tiempo está diciendo que, a su entender, sacrificó su bienestar y su alivio por una oposición cuyo resultado ha sido alejar de ella al propio tiempo su hijo y la única compañera que había llegado a satisfacerla. Y como cuando está descontenta, necesita siempre reñir con alguno, ¿sabéis a quién echaba la culpa el otro día, delante de mí, de todos sus disgustos actuales? A Gabriela, que, según decía, no había sabido usar hace tres años como hubiera debido, de su imperio, y conservarle. Cuando vió que yo no participaba de su opinión, como supongo que vos tampoco participaréis, ni lo deseo por honor de Gabriela, se enojó también conmigo, y ahora no hace más que

lamentarse de que todos los amigos son insensibles, y todos los hijos ingratos...»

La respuesta de Clemente a esta carta apresuró la llegada del marqués; en ella veía renacer las esperanzas de su joven amigo, y por nada en el mundo hubiera querido faltar de Rosenhaïn el día de su realización. Guillermo y Berta, la discreta confidenta que había sabido consolar la pena de Clemente sin obligarle a revelarla, fueron, además del marqués, los únicos amigos admitidos aquel día entre la feliz familia. La boda fué tan alegre como la de Clara, aunque los novios parecían más graves y recogidos, porque habían pasado por grandes pruebas, y su dicha era más depurada que otras del mismo género. Después debían también partir para Italia, y fácil es adivinar que el primer sitio que pensaban visitar juntos era donde les esperaba la bienvenida y la bendición de la madre Magdalena. A su regreso, debían ir a habitar la casa de la señorita Josefina, con la sola condición de permitir vivir en su compañía hasta el fin de sus días a su anciana amiga.

¿Fué feliz su destino? Creemos poder afirmarlo. ¿Fué exento de penas, de sufrimientos y sacrificios? Podemos negarlo con más seguridad. Sin embargo, fué digno de envidia, porque poseyeron lo mejor que hay entre las felicidades terrenales, sin olvidar jamás que *la vida nunca puede ser completamente feliz, porque no es el cielo, no completamente desgraciada, porque a él encamina.*»

FIN



# NOVELAS CORTAS

por

JUAN M.<sup>A</sup> ROMA

---

LÓGICA LIBREPENSADORA

I

Había anochecido.

En las grandes ciudades es la hora de mayor movimiento; la hora que en las oficinas cierran sus puertas, las tiendas encienden las luces, y en las calles agitanse en bullicioso torbellino, miles de personas que, cansadas del trabajo cotidiano, danse un rato de expansión siguiendo escaparates o pasando revista de los femeninos rostros que, a la luz artificial, ganan un 50 por ciento.

En medio de esa agitación y ese bullicio óyese el duro trote de dos soberbios caballos arrastrando impetuosos una rica berlina, en cuyo bruído exterior refléjanse, al pasar, las luces de las tiendas y la gente que por ambas aceras transita.

El coche sigue su camino, produciendo una ligera trepidación que mengua lentamente a medida que se aleja, mas, antes de llegar al extremo de la calle el brioso tronco detiene su marcha, al tiempo que el lacayo se precipita del coche, y sombrero en mano, abre la portezuela, en cuyo centro se ostenta un escudo de nobleza.

Del carruaje baja una señora joven, de finísimas facciones, de cabello negro, ojos grandes, y ricamente vestida. Dice algunas palabras al lacayo, y abriéndose paso por entre la multitud, dobla la esquina y penetra en un callejón donde apenas transitaba alma viviente.

Abrió la señora, entonces, un valioso limosnero que de su brazo colgaba, y sacando un pequeño papel, leyólo a la luz de uno de los faroles que alumbraban la calle.

Sin duda en el papel había las señas de alguna casa, puesto que la señora siguió calle abajo, inspeccionando los portales, ora deteniéndose, ora andando acelerada, hasta que por fin debió dar con lo que buscaba, pues que girando rápidamente sobre sí misma entró decididamente por un estrecho portal.

Salvó la señora, en pocos momentos, cien y pico de peldaños y detúvose para respirar con fuerza y descansar de tal ascensión. Luego juntó las puntas de sus dedos y dió con ellas dos golpecitos a una carcomida puerta, diciendo con voz dulce: Ave María Purísima.

En este mismo instante, un caballero de unos treinta y cinco años, elegantemente vestido, con guantes y sombrero de copa, penetraba en el mismo portal que poco antes atravesara la señora, no sin haber consultado un billete que poco antes de pisar el dintel de la puerta había sacado de su cartera.

## II

No se figuraba la Condesa de H..., al saltar del coche, que sus pasos debían ser un motivo de acechanza por parte de quienes no conocían, ni siquiera habían visto una sola vez los salones de su aristocrática morada. Sin embargo, al atravesar la acera, dos jóvenes cogidos del brazo habíanse quitado el sombrero, mereciendo el saludo de la Condesa, que inclinó ligeramente su cabeza.

Mas los dos jóvenes, en lugar de seguir su camino, confundidos entre la multitud, siguieron de lejos a la Condesa procurando no llamar la atención de ésta.

—¡Soberana mujer, Ricardo!—dijo uno de ellos.

—¡Bellísima, Luis!—respondió el otro.

—Entre la aristocracia de nuestra capital—repuso Luis—ocupa la Condesa un lugar preferente; en sus salones acude lo más escogido de nuestra nobleza. Su esposo, el conde, es inmensamente rico, tiene una renta fabulosa, pero, ¡cosa extraña!; la Condesa, a pesar de ser la reina en sus salones, jamás ha sido la que más ha llamado la atención por la riqueza de las joyas, ni por lo *cursi* de los trajes, ni por el escote pronunciado; siempre elegante, sencilla, modesta, como si no quisiera deslumbrar con su hermosura a sus compañeras de reunión.

—Y no será porque el Conde le limite sus gastos—replicó Ricardo,—pues dicen que está enamorado de su bella esposa.

—Eso dicen—repuso Luis,—pero creo para mis adentros que a ella no le sucede lo mismo, pues de su poco apego a las diversiones mundanas y de su poca afición a exhibirse deduzco que... en amores deberá andar metida esa santurrona de carne y hueso!

—En verdad se dice que la Condesa figura en primera línea en sociedades benéficas y en asociaciones católicas.

—Poco debes fiar de esas apariencias ridículas, puestas de la cruz asoman los cuernos del diablo, y no sería extraño que la Condesa procurara vindicarse con actos aparatosos de piedad. Me precio de listo, y por eso quiero seguirla, pues en verdad me extraña ver a la Condesa a estas horas en ese callejón y sola...

—Ocultémonos, Luis, que ahora se ha detenido.

Los dos sietemesinos metiéronse en un portal al tiempo que la Condesa entraba por el que ya conocen mis queridísimos lectores.

Al poco rato un caballero pasaba por delante de ellos, y al llegar frente al portal donde había entrado la Condesa sacó un billete, miró el número de la casa y metióse en ella.

Este nuevo personaje llamó poderosamente la atención de los dos jóvenes, en cuyo interior quedó hecha pedazos la honra de la Condesa.

—¿No te parece, Ricardo, que vamos siendo testigos de una singular aventura?—dijo Luis en tono de ironía.

—Así me parece,—contestó Ricardo.—Esto huele a chamusquina y sólo una cita amorosa puede haber juntado a esas palomitas en un sitio poco poético por cierto.

—Buena suerte se lleva ese caballero.

—Seductora por demás es la mujer.

—Ahora te irás convenciendo—añadió Luis—que la mujer es un arcano imposible de sondear. ¿Quién dijera que la Condesa, que oye misa todos los días, que es presidenta honoraria de la Junta de damas de la Caridad Cristiana, etc., se atreve a pisotear el nombre ilustre de su esposo, dando o acudiendo a una cita amorosa? Ricardo, me fío poco de los actos de piedad en las mujeres.

—Todas son hijas de Eva, Luis.

—Y por eso se las llama sexo débil, a pesar de que hay algunas pocas contra quienes se estrellan todas las maquinaciones de ciertos Tenorios.

—Incluso tú.

—Bien; déjate de alusiones y aguardemos a que salga la Condesa.

Y así siguieron hablando los dos sietemesinos, aguardando impacientes que la Condesa se presentara de nuevo a su vista.

### III

Así que hubo llamado la Condesa, una voz fresca y bien timbrada contestó:

—Sin pecado concebida.

Al mismo tiempo una niña de unos once años abrió la puerta y quedóse parada al ver a la Condesa a quien no conocía.

—Dime, niña ¿vive aquí una señora enferma que se llama Dolores Castro?

—Sí, señora,—contestó la inocente niña.

—¿Está muy grave?—añadió la Condesa.

—Sí... see... ñoo... raa,—dijo la niña echándose a llorar.  
—Mi maa... dree... see... muee... ree...

Entonces la Condesa adelantó dos pasos, y colocando una mano sobre la cabeza de la niña dijo:

—Quisiera ver a tu madre.

—Entre V.—dijo la niña acompañando a la Condesa al aposento de la enferma.

¡Triste espectáculo ofrecióse a su vista! Cinco criaturas rodeaban una miserable cama, en la cual yacía una mujer de cuarenta años, pálida como muerta, grabado en su semblante el sufrimiento de la enfermedad y en sus ojos el abatimiento del alma.

La niña acercóse al lecho y dijo a su madre:

—Esa señora pregunta por vos, madre mía.

La enferma movió la cabeza sin contestar y fijó en el rostro de la Condesa sus hundidos ojos.

Luego la Condesa se acercó a la cama y dijo:

—Me han dicho que estábais enferma hace ocho días y que no sabíais como dar pan a vuestros hijos. Me permitiréis el placer de socorremos ya que con el trabajo no podéis alimentar a esas criaturas.

Por el rostro de la pobre mujer se deslizaron dos lágrimas de agradecimiento, y con voz débil como un suspiro, dijo:

—Gracias, señora, Dios se lo pague a V.

—¿Os ha visitado algún médico?—preguntó la Condesa.

—No, señora,—contestó la enferma.—No podemos pagarlo.

—Pues ya vendrá el de mi casa a quien he citado aquí.

En este instante oyéronse dos golpes a la puerta.

La niña corrió a abrir y volvió luego acompañando a un caballero.

Este, al entrar, dirigióse a la Condesa a quien tendió la mano diciendo:

—A los pies de V., señora Condesa.

—Dios guarde a V., don Sebastián. Veo que ha sido V. muy puntual.

—Me incomoda hacerme esperar.

—Según debe V. haber comprendido por mi tarjeta—dijo la Condesa—quisiera que V. se interesara por esta pobre mu-



jer, y le suplico la visite todos los días. Excuso decirle que el gasto corre de mi cuenta; no quiero se escatime nada de lo que sea necesario para atajar la enfermedad de esa infeliz. Sírvase V. consultar a la enferma.

El médico hizo algunas preguntas a la paciente sobre el origen de la enfermedad, y después de haberla tomado el pulso acercóse a la Condesa y dijola, hablando quedo:

—El origen de la enfermedad no es otro que la miseria.

—¡Pobre mujer!—murmuró la Condesa.

Luego el médico sacó un pequeño papel de su cartera, y acercándose a la luz que débilmente alumbraba el mísero aposento trazó en él algunas líneas y dijo a la mayor de las niñas:

—Cada hora darás a beber a tu madre una taza de caldo y luego media jícara de esa medicina que debes traer de la farmacia. Mucha regularidad en las dosis y... hasta mañana.

La Condesa dejó algunas monedas sobre una mesa y después de haber prodigado a la enferma palabras de consuelo, se despidió de la pobre mujer, prometiendo volver al día siguiente.

A los pocos momentos la Condesa y el médico pasaban por delante del portal donde se ocultaban los dos fantoches, al tiempo que el médico decía:

—Señora Condesa, tiene V. un corazón de oro; está V. siempre dispuesta a enjugar lágrimas.

—Cumpló sólo con mi obligación; deber de los ricos es socorrer al menesteroso. Dios lo manda así.

En tanto Luis decía a su compañero:

—¿Has oído, Ricardo, qué inspirado estaba ese caballero? «Tiene V. un corazón de oro», le decía a la Condesa.

—¡Aprieta, zapato!—respondió Ricardo.—¡Vaya con las palomitas!

Y saliendo los dos de su escondite tomaron la misma dirección que el médico y la Condesa.

Al llegar ésta donde la aguardaba el coche, despidióse del médico, no sin recomendarle de nuevo que no olvidara a la enferma, y citándole para el día siguiente junto al lecho de la pobre mujer...

El lacayo cerró la portezuela del coche; saltó al pescante, y los caballos partieron veloces instigados por el débil látigo del encopetado cochero.

## IV

La Condesa llegó a su palacio, tranquila, respirando esa dulce satisfacción que produce el ejercicio de un acto de caridad cuando éste obedece solamente a los delicados sentimientos de un noble corazón.

No podía figurarse que dos titeres habían hincado los dientes en su honra, clara como un espejo. Sin embargo, así había sucedido.

Luis y Ricardo habíanse despachado a su gusto y habían dado rienda suelta a su libre pensamiento.

¿Y con qué derecho?.. ¿Es el libre pensamiento quien autoriza al hombre para que dentro de su cerebro haga trizas de la honra ajena sin otras razones que su propio parecer? Si el libre pensamiento es quien autoriza esa lógica nefanda, ¡maldito sea una y mil veces!

Ajenos los corazones de Luis y Ricardo a todo sentimiento noble y generoso, no habían reparado en calumniar vilmente a la virtuosa Condesa, achacándole haber acudido a una cita amorosa, cuando sólo había ido a socorrer a una pobre mujer enferma, prodigándole palabras de verdadero consuelo.

¡Triste suerte la de esos infelices seres que andan por el mundo escupiendo veneno contra honradísimas personas!

¡Desdichadas criaturas las que, ansiosas sólo de placeres mundanos, no comprenden que hay placeres superiores, goces que dignifican el alma y la hacen invulnerable a los dardos que incesantemente le asestan sus irreconciliables enemigos!

---

## EL LLORO MISTERIOSO

### I

Serían aproximadamente las diez de la noche, cuando un hombre de mediana estatura, regordete, de ojos pequeños y azulados, llevando sobre sus hombros una manta encarnada, penetraba en la villa de Z...., donde no se conocía aún el alumbrado por gas; lo cual quiere decir que nuestro hombre seguía su camino en medio de la obscuridad, que sólo se disipaba débilmente a largos trechos, merced a la luz de un quinqué de petróleo refinado metido dentro de un farol, y que, al pasar por debajo el paseante nocturno, dibujaba en el piso de la calle su sombra, que iba tomando mayores proporciones a medida que el hombre se alejaba.

De repente, al doblar una esquina, paróse, como si una fuerza superior le detuviera, y lanzó una mirada de odio a un antiguo edificio, de cuyo tercio superior colgaba, sostenida por dos pequeños pilares, una campana.

El hombre murmuró dos palabras, que lo mismo podían ser una maldición que una blasfemia. Iba ya a continuar su interrumpido viaje, cuando le detuvo de nuevo el lloriqueo de un niño.

Frunció el entrecejo y abriéronse desmesuradamente sus ojos de lechuza.

En la mente de aquel hombre había cruzado un mal pensamiento. Esto es, un pensamiento de libre pensador.

Sin embargo, el hombre continuaba inmóvil cual si sus pies hubiesen echado raíces en el duro suelo; y no dando entero crédito a lo que allá en su mente se forjara, ganó de un salto el lado opuesto de la calle y aplicó su oído a una de las ventanas de la planta baja del edificio que tanto odiaba.

En efecto; oíase en el interior del convento el débil lloro de un recién nacido.

Sin duda fué Satanás quien puso la sonrisa en la boca de aquel hombre, quien, después de darse un golpe en la cabeza como quien adivina la difícil solución de un problema, púsose a correr en dirección a la taberna del «Tuerto», no sin antes tender su brazo con actitud amenazante en dirección al convento, murmurando por lo bajo: ¡Un recién nacido en un convento de monjas! ¡Qué escándalo! Hay que acabar con esas mujeres holgazanas y pervertidas que viven a costa de los pobres.

## II

Estaba la taberna del «Tuerto» completamente llena de parroquianos. A lo largo de aquel sombrío recinto, alumbrado por varios farolitos colgados del techo, había una hilera de mesas mugrientas en las que se jugaba a cartas, con barajas grasientas y abarquilladas, o se murmuraba de algún vecino. La algazara estaba entonces en su apogeo y los gritos y palabras soeces sucedíanse sin interrupción. El vino empezaba a chispear los cascos.

En este momento un hombre penetraba en la taberna.

El nuevo personaje debía de tener, por lo visto, cierta superioridad entre los concurrentes a la taberna del «Tuerto.»

Y la tenía en efecto, como que era el amo, el mismo Tuerto en persona.

Aquella noche el Tuerto tenía el rostro algo demudado, sus pequeños ojos grises lanzaban miradas de odio, y en sus oídos resonaba aún, como un eco, el llanto de la criatura. No sabía, empero, cómo decirlo a los parroquianos para que sus palabras produjeran todo el efecto por él deseado.

Sin embargo, no ocurriéndosele otra manera mejor, subió sobre un banco arrimado al muro y les soltó lo siguiente: «Amigos, cuando yo digo una cosa es porque la digo, y de consiguiente porque la sé. Es escandaloso lo que está pasando en esta villa; es mayormente bochornoso para nosotros

mantener a costa de nuestros sudores a unas cuantas mujeres holgazanas que habitan en ese grandioso edificio mal llamado Casa de Dios.

En esas casas se cometen crímenes, se engañan a jóvenes inocentes, se tramán conspiraciones políticas; en fin, en esas casas, donde no entran sino curas y sacristanes, domina el vicio peor que en otra cualquiera, y sino, ¿queréis una prueba?»

—Sí, sí,—respondieron a coro los concurrentes.

Y el Tuerto bajando un poquito la voz dijoles:

—En el Convento de monjas Carmelitas ha nacido esta noche una criatura.

Aquellos hombres abrieron cada ojo como una bola de billar y se miraron unos a otros sin decir palabra.

Tan atónitos les había dejado la declaración del Tuerto.

Pero éste, aprovechando el silencio, repuso:

—Hace poco menos de una hora pasaba yo frente al convento y me pareció oír el llanto de un niño. Me acerqué a la reja para cerciorarme de si aquello era realidad o pura fantasía, y pude convencerme de que no me había engañado, puesto que herían mis oídos los débiles pero vibrantes chillidos del recién nacido. ¿Podemos los librepensadores permanecer indiferentes ante tal escándalo? ¿No es casi seguro que en el convento se comete a estas horas un crimen? Compañeros, hemos de vengarnos de esas mujeres pervertidas; nuestra conciencia honrada así lo exige...

Esta peroración sublevó la sangre de aquellos librepensadores que ya iban a lanzarse a la calle, cuando el Tuerto les dijo con marcada malicia:

—No quiero que deis crédito a lo que acabo de relataros sin antes haberlo comprobado. Marchad silenciosos al convento; espiad lo que pasa en él, y cuando os hayáis convenido..... entonces.....

Y alargando el brazo movió seguidamente la mano en señal de amenaza, mientras aquellos ciudadanos se lanzaban a la calle en dirección al convento en ademán de redentores.....

Diez minutos más tarde cualquier observador hubiera visto a unos veinte hombres como pegados a la pared del con-

vento, inmóviles, atisbando el menor ruido; pero, ¡trabajo inútil! en el edificio reinaba un silencio absoluto.

Per espacio de veinte minutos continuaron en aquella actitud; ya empezaban a cansarse del espionaje.

De pronto, estremeciéronse en la obscuridad.

Se oía el misterioso lloriqueo de la criatura.

Entonces aquellos hombres colocáronse de un salto, como movidos por un resorte, en medio de la calle y empezaron a arrojar piedras contra las ventanas y puertas, rompiendo cristales y golpeando la puerta principal que iba a ceder medio despedazada, cuando la campana colocada en la parte superior del edificio sonó tristemente dando volteretas sobre su eje y llamando a las monjas al coro para la oración nocturna.

Aquellos valientes, creyendo que las monjas pedían socorro, huyeron a la desbandada y se precipitaron atemorizados calle abajo.

. . . . .  
. . . . .

### III

Seis horas antes de los sucesos que acabo de relatar, un hombre y una mujer, seguidos de un niño que apenas contaría siete años de edad, seguían pausadamente el camino que conducía a la villa de Z...

La mujer, que tenía aproximadamente cuarenta años, llevaba el vestido hecho jirones, los pies descalzos, y sus cabellos, de un color castaño sucio, agitábanse sin cesar al soplo del fresco airecillo de la tarde. Sus ojos húmedos y hundidos, su pálido y demacrado rostro tenían impresa la huella de una grave y reciente enfermedad.

El hombre, de edad más avanzada, llevaba en sus espaldas un montón de harapos, y andaba alzando marcadamente los pies, cogida una mano al vestido de la mujer, con la cabeza un poco levantada pero inmóvil.

El infeliz estaba ciego.

Habíase hundido el sol tras las montañas vecinas, las sombras de la noche empezaban a derramarse sobre la tierra, cuando nuestros viajeros se hallaban a cien pasos de la población.

Entonces detuviéronse al tiempo que la mujer lanzaba un ahogado sollozo.

El hombre movió rápidamente aquellos ojos sin luz, y encendiósele de indignación el rostro.

—Tana—dijo a la mendiga con voz ronca—estoy harto de tus lágrimas hasta la nuca; con que no me exasperes.

—¿No soy, por ventura, su madre?—respondió la mujer con tristeza.

—Pues por razón de ser ella tu hija debes procurar su bienestar. ¿No es preferible abandonar la criatura a que la llevemos con nosotros de pueblo en pueblo, de puerta en puerta, mendigando un pedazo de pan que miserablemente nos arrojan?

—¡Qué será de mi hija!—dijo llorando la mendiga.

—Y ¿qué será de ella—murmuró contrariado el ciego—si no la separamos de nosotros? Una pordiosera, mujer, una pordiosera.

Y añadió lleno de cólera el mendigo:

—¡Ah, si tuviera vista, Tana! ¡Ah, si tuviera vista!

Y su mano, cogida entonces al brazo de la mendiga, hundió sus uñas en la carne de la infeliz.

La mujer separóse bruscamente de aquel hombre miserable, y derramando lágrimas continuó sola su camino hacia la población, oprimiendo contra su pecho un bulto cubierto de harapos que cuidadosamente llevaba en brazos.

Era un ser recién nacido.

La mujer penetró en la población y dirigióse rápidamente al convento de MM. Carmelitas.

Había anochecido. Así es que la mendiga pudo penetrar en el convento sin ser vista de nadie, y colocándose detrás de la puerta principal, apartó los harapos que cubrían el rostro de la criatura, y amamantóla hasta la saciedad.

La niña durmióse aplicados sus tiernecitos labios en el pecho de la madre.

Entonces, ésta, haciendo un esfuerzo sobrehumano, besó repetidas veces la frente virginal de aquel angelito, y depositándolo con cuidado en el duro pavimento huyó aterrorizada.

Al llegar donde la esperaban el ciego y el niño cayó desvanecida a los pies de aquel hombre que tan mal la tratara y a quien en mal hora habíale dado el nombre de esposo.

#### IV

La puerta principal del convento de Carmelitas que permanecía abierta todo el día, cerrábase diariamente al toque de la oración.

Dicha puerta daba entrada a un pequeño recinto que tenía puerta a derecha e izquierda. La una daba paso a un aposento donde había el torno y la puerta interior que sólo se abría para dar paso a una anciana sirvienta a quien llamaban Andadora. La otra daba entrada a otro aposento donde había el Locutorio.

Había sonado el toque de oración.

La puerta interior abrióse de repente y salió la Andadora dirigiéndose a la puerta principal que cerró con llave.

El ruido que produjo al girar sobre sus goznes despertó a la criatura que empezó a dar chillidos.

La vieja quedó estupefacta, abrió desmesuradamente su boca y miró con ojos espantados el misterioso bulto.

No le cabía duda; envuelto en aquellos harapos había un ser viviente.

Acercóse la vieja a la tiernecita niña, y al contemplarla de tal modo abandonada, tomola en brazos y precipitóse en busca de la Madre Superiora.

Esta escuchó de la anciana el relato de la aventura, y dando a la criatura una mirada de compasión depositó en aquella diminuta frente un cariñoso beso.

Como era de noche, la Superiora dijo que en riguroso turno velarían a la tierna niña hasta al amanecer, y que enton-



ces consultaría con el Párroco de la villa sobre lo que debía hacer en trance tan singular.

Así pasaron la noche, la niña ora durmiendo, ora llorando; la veladora haciéndola mimos y dándola por mullida cuna sus faldas.

A media noche, un ruido extraño, como si rompieran cristales y golpearan ventanas y puertas, turbó el silencio del convento hasta entonces sólo interrumpido a intervalos por el débil lloro de la criatura.

Pero al acompasado toque de la campana, que llamaba a las monjas al coro, cesó el ruido y oyóse tan sólo en el interior del convento el ferviente rezo de aquellas santas mujeres consagradas a la educación de niñas y a entonar alabanzas en honor del Dios de cielos y tierra.

En este momento el Tuerto pasaba arqueo del cajón del mostrador, y decía a su mujer la Gibosa:—Con estos infelices por parroquianos pronto seremos ricos.

LA HEROÍNA DE CASTELLFORT  
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.<sup>A</sup> ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

# SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

## MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium. . . . .	0'25 ptas.
En bronce dorado. . . . .	2'— »
En plata. . . . .	7'— »

## La República Española en 191...

### MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

por Domingo Cirici Ventalló

DOS Ptas. cada ejemplar

Adjuntando a su importe 0'35 ptas. se manda certificado.

De venta en nuestra Administración

## PAÑUELOS DE SEDA

CON EL RETRATO DE

# DON JAIME DE BORBÓN

CON DOBLADILLO CALADO Y LA BANDERA ESPAÑOLA

Uno, 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN